

ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



LECCIÓN 276

Se me ha dado la Palabra de Dios para que la comparta.

Comentario de Sarah:

¿Cuál es la palabra de Dios que se me ha dado para que comparta hoy? Es ésta: **“Mi Hijo es tan puro y santo como Yo Mismo.”** (L.276.1.2) Eso es lo que Jesús quiere que entendamos: todos compartimos la Unidad del Ser Crístico, nunca nos hemos separado de la Unidad, y nuestra realidad es tan pura y santa como Dios Mismo. La palabra de Dios es un reflejo del Principio de Expiación. Es la seguridad de que nunca nos hemos podido separar de nuestra Fuente. Jesús quiere que veamos que lo que hemos hecho de nosotros mismos no es la verdad. Somos como Dios nos creó a Su imagen y semejanza y con todos Sus atributos. No importa lo que pensemos que hemos hecho, simplemente no podemos cambiar la verdad. Ahora sólo debemos aprender a aceptar todo lo que se nos ha dado. **“Aceptemos Su Paternidad, y todo se nos dará.”** (L.276.1.5)

Aceptar todo lo que se nos da es aceptar la verdad del Ser Crístico que somos, la verdad de nuestros hermanos y la verdad de que Dios es nuestro Padre. Nos resistimos a la Voluntad de Dios creyendo que Su Voluntad no es lo mejor para nosotros. Tememos que Él nos exija sacrificar lo que creemos que queremos y necesitamos para nuestra felicidad. Esto refleja no sólo nuestro problema con la autoridad, sino nuestra desconfianza en Dios y en el amor que somos. Así, mantenemos el control en lugar de renunciar a nuestras ideas y confiar en Su Amor por nosotros.

Esto me recuerda a la película *The Horse Whisperer (El Señor de los Caballos)*. El caballo llamado Pilgrim quedó lisiado en un accidente de equitación y traumatizado, al igual que la niña cuya pierna está gravemente herida y debe ser amputada. Robert Redford, en el papel de El hombre que susurraba a los caballos, se acerca a estos dos con gran paciencia, al igual que Jesús trabaja con nosotros cuando no confiamos en que sólo quiere nuestro mayor bien. Booker (Redford) trata con ambos con un toque muy suave, reconociendo que la única manera de ganarse su confianza es con un amor y una aceptación totales. También trabaja con la madre, que siente que su seguridad reside en controlarlo todo, aunque ella misma, una alcohólica, no tiene el control de su propia vida. Pilgrim, el caballo, finalmente sucumbe ante Booker, aunque requiere que éste ejerza cierta fuerza suave para cohibir a Pilgrim hasta que finalmente cede. Esta película ilustra maravillosamente nuestros egos obstinados y nuestra resistencia a ceder y a rendirnos. Nos atrincheramos e insistimos: **“¡Lo quiero así!”**. (T.18.II.4.1) (ACIM OE T.18.III.17), que es el mantra del ego en la vida. Insistimos en tener razón sobre lo que creemos que somos intentando controlar todo lo que creemos que podemos en lugar de elegir la verdadera felicidad.

Pensamos que somos independientes de Dios y que nos hemos hecho a nosotros mismos y seguimos moldeando nuestra personalidad. Preferimos vivir con nuestros propios pensamientos paralizantes de indignidad y de auto-agresión en lugar de caer en los brazos del Amor. Parece una locura, y lo es.

Hay una familiaridad y una comodidad en permanecer con lo que siempre hemos creído. El cambio nos asusta porque el primer cambio que experimentamos fue la separación. Sin embargo, Jesús nos recuerda que fuimos creados como una extensión del Amor de Dios, y que no podemos convertirnos en algo que no somos. Cuando estemos preparados para someternos completamente a esta verdad, habremos superado nuestra inversión en nuestra independencia. Es un proceso de deshacimiento, y todo lo que hay en este salón de clases se nos da para apoyar este proceso. Puede ser experimentado como doloroso para el ego, pero siempre glorioso para el espíritu.

La independencia es una conspiración contra lo que más nos conviene. Para alejarnos de las emociones dolorosas provocadas por la culpa, aprendimos a dissociarnos de ellas, fingiendo que no nos importan. En cambio, intentamos mantener el control y hacer las cosas a nuestra manera, para que no nos vuelvan a hacer daño. Construimos un sistema de defensa protector a nuestro alrededor, tanto física como psicológicamente. Ahora, tenemos miedo de la verdadera asociación y unión, donde nuestras vulnerabilidades quedarán expuestas. Ya no confiamos en aquellos que creemos que son la causa de nuestras emociones dolorosas. Cuando estamos dispuestos a ver que el dolor proviene de nuestras propias mentes no sanadas, damos la bienvenida a la oportunidad de mirar detrás de nuestras defensas y sacar a relucir nuestros problemas para sanarlos, que es la única manera de recordar quiénes somos. Unirse a los demás es el camino para sacar a la luz lo que nos ocultamos a nosotros mismos.

Recuerdo cómo era para mí cuando tenía cinco años, viviendo en Suecia en un campo de refugiados, sintiendo el caos de la vida a mi alrededor, y sintiendo la falta de protección de los adultos en mi vida. Tomé la decisión inconsciente de que sólo confiaría en mí misma. No parecía haber protección en este mundo peligroso. Fue una decisión de echar a Dios del trono y asumir la gestión de mi vida por mí misma. Fue un proceso de disociación del dolor de la tristeza y el rechazo. Mi necesidad de amor y protección estaba ausente en mi percepción. Cuando nos dissociamos, pretendemos que no importa. El dolor y el desamor no se expresan y, por tanto, no hay curación. Las emociones quedan enterradas hasta que las circunstancias se empeñan en traerlas a mi atención cuando me comprometo a hacer el trabajo de curación. No fue hasta que reconocí y admití que había elegido toda esta historia de victimismo a manos de esos adultos aparentemente indiferentes, que pude elegir iniciar el proceso de perdón. Esta programación inconsciente estaba dirigiendo mi vida.

Todos tenemos nuestra propia versión de la historia de victimización y así justificamos nuestra ira y ataque y proyectamos la culpa. Nos sentimos culpables por habernos hecho a nosotros mismos, creyendo que estamos separados de Dios, mientras hacemos a los demás responsables de nuestra condición. **“Tú forjas un concepto de ti mismo, el cual no guarda semejanza alguna contigo. Es un ídolo, concebido con el propósito de que ocupe el lugar de tu realidad como Hijo de Dios.”** (T.31.V.2.1-3) (ACIM OE T.31.V.44) La culpa que albergamos en la mente, por haber dejado el amor que somos, se proyecta ahora. Necesitamos a aquellos que nos han herido y traicionado para poder responsabilizarlos de nuestro dolor. Así, ellos pueden ser vistos como los culpables a los que Dios puede castigar mientras nos reconoce como víctimas inocentes.

Hay una especie de satisfacción en contar nuestras historias de victimismo. Es la satisfacción de expresar venganza por lo que otros nos han hecho. Pero fíjate en que estas estrategias nunca eliminarán la culpa en la mente. De hecho, hacen lo contrario. Traen más culpa porque cada vez que atacamos, nos sentimos más culpables. La estrategia del ego es mantener la culpa intacta en la mente mientras la proyecta en los demás. **“Yo soy la cosa que tú has hecho de mí, y al contemplarme, quedas condenado por causa de lo que Soy”**. (T.31.V.5.3) (ACIM OE

T.31.V.47) Lo que se requiere ahora para la curación es asumir la responsabilidad de nuestra culpa en lugar de responsabilizar a los demás de nuestro dolor. Podemos ver nuestros pensamientos de auto ataque, observando lo que proyectamos y cómo culpamos a los demás haciéndolos responsables de nuestra falta de paz. Por lo tanto, la proyección puede servir un propósito muy útil en nuestra curación, ya que nos permite ver en nuestro hermano lo que no está curado en nosotros mismos.

No somos lo que hemos hecho de nosotros mismos. No somos estos cuerpos y personalidades que creemos que somos. Somos el Hijo de Dios, puro y santo. Esa es nuestra verdadera realidad como Cristo. Como se nos dice una y otra vez por Jesús, somos tal como Dios nos creó. El Principio de Expiación nos asegura que no podemos ni nos hemos cambiado a nosotros mismos. No podemos separarnos de Dios. Podemos creer que nos hemos separado y que hemos olvidado la verdad de nuestro Ser, pero no podemos cambiarla. Parece arrogante aceptar la grandeza y la fortaleza del Ser que somos, pero Jesús dice que es arrogante no aceptar la palabra de Dios sobre lo que somos. ¿Realmente sabemos más que Dios?

Estamos reviviendo el **“brevísimos lapso de tiempo en el que se cometió el primer error”** (T.26.V.3.5) (ACIM OE T.26.VI.32) cuando hicimos la elección en favor del ego. Ahora podemos ver las consecuencias de esa elección, y podemos hacer otra elección en cada instante para atacar o perdonar, para darle a nuestro hermano un regalo de espinas o de azucenas. La elección es nuestra, y con cada elección que hacemos para sanar y perdonar, nos abrimos a la verdad de lo que somos. La verdad nunca nos ha abandonado y está esperando nuestro reconocimiento. La pelota está en nuestro campo. ¿Qué vamos a elegir?

“Mas si negamos que fuimos creados en Su Amor, estaremos negando nuestro Ser, y así, no tendremos certeza acerca de quiénes somos, Quién es nuestro Padre y cuál es nuestro propósito aquí.” (L.276.1.6) ¿No es así como nos sentimos: inseguros de quiénes somos y de qué sentido tiene nuestra existencia, de cómo hemos llegado hasta aquí y de cuál es nuestro propósito? La única razón de esta incertidumbre es la negación de nuestro Creador, que es el Autor de nuestra existencia. No nos hemos hecho a nosotros mismos. Cuando reconocemos lo equivocados que hemos estado en todo, estamos listos para ser enseñados. Ahora nos dirigimos al Espíritu Santo, que está en nuestras mentes rectas, y le pedimos ayuda sobre cómo responder a todo y a todos en nuestras vidas. Cuando nos dirigimos al ego, respondemos con ira y ataque, justificando nuestro comportamiento con la creencia de que aquellos a quienes atacamos causaron nuestras reacciones. El Espíritu Santo ve cada ataque como una llamada al amor y a la comprensión. Ahora estamos llamados a escuchar más allá de las palabras y a escuchar en nuestros hermanos su llamada al amor y a la comprensión, que es nuestra propia llamada. Estamos llamados a abrazar todo sin esfuerzo, reconociendo que todo está aquí para nuestra curación.

Mis hermanos me fueron **“confiados para que los amara como si fuesen míos, tal como yo soy amado, bendecido y salvado por Ti.”** (L.276.2.2) Hoy extendemos la Palabra de Dios a todas las personas con las que nos encontramos o en las que pensamos, y hacemos espacio, mediante el perdón, para que las bendiciones de luz y amor resplandezcan a través de nosotros. El mensaje que queremos dar hoy a todos es que no están separados de nosotros. Somos lo mismo. No hemos cambiado, y nunca hemos dejado a Dios. Damos este mensaje a todos en cualquier forma que se nos pida. Hoy, observamos nuestras mentes cuando nos resistimos a extender este mensaje e indagamos en cuanto a qué estamos eligiendo en su lugar para que la mente pueda ser sanada.

Amor y bendiciones, Sarah

hueммert@shaw.ca